Capítulo 15: Eu Tô Famoso

Un amigo me preguntó una vez: “Espera, ¿cuántas veces te han robado?”. Respondí: “Demasiadas para contarlas”. Es una de las tristes realidades de vivir en Sudamérica. Por suerte, hasta ahora nada ha sido a punta de pistola, pero no puedo descartarlo. Me robaron mi bonita bicicleta eléctrica Levi en pleno día porque la aseguré por la canasta, que simplemente desatornillaron antes de irse con la bici hacia el atardecer de Río. También me sacaron del bolsillo una cadena de oro muy bonita de mil dólares, irónicamente el Día de Acción de Gracias, un año después de que me drogaran y me robaran en Medellín. Al parecer, que me roben en Acción de Gracias es una tradición anual para mí. Estoy empezando a temerle a esa fecha.

Aunque costosos, estos robos son una parte desafortunada del día a día aquí. Siempre hay que andar con los ojos bien abiertos. Decidí que las cosas bonitas no valen la pena si te las pueden quitar fácilmente. Me gustaría decir que ahora soy mucho más cuidadoso, pero sigo viviendo el momento. No puedo andar paranoico todo el tiempo pensando que me van a quitar algo, que es exactamente lo opuesto a mí en estado maníaco.

Quiero contar la historia de cuando me robaron el celular en Pedra do Sal, una famosa fiesta de samba en Río. Los lunes en la noche son especialmente concurridos porque, tradicionalmente, era cuando la gente tenía el día libre. Era Navidad, y el grupo de gringos nómadas digitales había planeado tomarse unos tragos allá esa noche. En esa época, me había hecho amigo de una mujer rusa muy hermosa, de pelo rojizo. Llamémosla [Y].

Un poco sobre mí: estoy muy en contra de salir con alguien de un grupo de amigos. Los gringos en Río han formado una gran comunidad de nómadas digitales. Incluso han escrito sobre ella en las noticias de Río. Aunque [Y] me atraía, sabía que no era buena idea intentar nada. Nos habíamos hecho buenos amigos y no quería arruinar eso. Además, la noticia de cualquier relación en el grupo se riega como pólvora. Yo no era particularmente popular, pero imagino que esta dinámica es común en todas partes.

Esa noche pasé la mayor parte del tiempo charlando con [Y] de cosas al azar. Le había dicho al grupo que había invitado a una cita a unirse. Pude notar que a [Y] no le emocionó eso, pero éramos amigos, así que no le di mucha importancia. Mi cita llegó con otra amiga. Ella no hablaba inglés, así que intenté hablar con ella con el Google Translate. Pedra do Sal está extremadamente lleno la mayoría de los lunes, todos hombro con hombro, apilados unos encima de otros.

No es el mejor ambiente para charlas largas y profundas en el Google Translate, así que mantuve mis mensajes breves. No me interesaba ella, aunque estoy seguro de que era una persona encantadora. A medida que avanzaba la noche, noté que [Y] se estaba poniendo un poco celosa.

Me sorprendió, porque nunca habíamos tenido nada romántico. Me estaba preparando para irme y despidiéndome. No sé cómo pasó, pero despedirme de [Y] se convirtió en un beso. Me tomó totalmente por sorpresa. Estoy seguro de que la gente nos vio. Mi regla de no mezclar la amistad con el placer se había roto.

Hablamos un momento después del beso. Me confesó que siempre le había gustado y que yo era el único hombre del grupo que la respetaba. Me sentí halagado, pero mi diálogo interno me decía que saliera de ahí rápido para ordenar mis pensamientos.

Me despedí y me dirigí hacia el punto de recogida del Uber, lo cual significaba caminar de 10 a 15 minutos hombro con hombro. Por si no lo sabías, Pedra do Sal es famoso por los carteristas. Estoy bastante seguro de que uno de cada tres gringos que han ido tiene una historia de robo de celular. Normalmente soy más cuidadoso con mi teléfono, pero esa noche estaba un poco aturdido por el beso. Le escribí a un amigo que venía a Río e intenté explicarle lo que había pasado con [Y].

Entre mensajes, la persona frente a mí dejó de caminar y empezó a moverse hacia atrás. Rápidamente le puse la mano libre en la espalda para evitar que chocara conmigo. Siguió caminando hacia atrás. Me guardé el teléfono en el bolsillo y usé las dos manos para detenerlo. Esto duró varios segundos. Yo pensaba: ¿qué carajos, por qué este tipo camina hacia atrás así?

Con el tiempo volvimos a caminar a un ritmo normal, todavía apretujados hombro con hombro. Pasaron uno o dos minutos y fui a sacar mi teléfono del bolsillo. Sorpresa, sorpresa, ya no estaba. Intenté brevemente buscar a alguien que pudiera habérselo llevado, pero fue inútil. En ese momento no me di cuenta de que había pasado durante la rara situación de caminar hacia atrás. Visto en retrospectiva, fue un señuelo clásico.

Una de las frases que he estado practicando en portugués es “Eu tô famoso”, que significa “soy famoso”. Entre todos los nómadas digitales, me he hecho famoso por ser el tipo al que le roban las cosas. Solo me alegra que la noticia todavía no haya llegado a los cariocas (la gente de Río).